España - Marruecos

ATRACCIÓN FATAL

Un episodio de la Guerra de África de 1859, según un grabado de la época.

Desde la guerra de 1859, Marruecos se convirtió en objeto de deseo y fuente de frustración para España. Las Guerras de África ensombrecieron la política interior española; la descolonización del Protectorado se vivió con despecho y una sarta de conflictos ha colocado hoy en su nivel más bajo las relaciones entre dos países a los que la Historia y la Geografía aconsejan entenderse

Las guerras españolas en el patio trasero
Rafael Sánchez Mantero
pág. 42

El final del Protectorado. Descolonización
Mª Concepción Ybarra
pág. 48

Las causas de la discordia
Felipe Sahagún
pág. 54
y la colaboración de J.M. Ridao

Las guerras españolas en el PATIO TRASERO

Con la toma de Melilla y el traspaso de Ceuta, empezó la aventura española en el Magreb, que dio un espectacular salto cualitativo en el siglo XIX. **Rafael Sánchez Mantero** explica las causas de las Guerras de África

Una batalla de la Guerra de África de 1860 (óleo de César Álvarez Dumont, Madrid, Palacio del Senado).

Los conflictos de España en el Norte de África empezaron el mismo día en que se registró la presencia hispana al otro lado del Estrecho. Sin embargo, estos conflictos no fueron siempre producto del enfrentamiento con todo el pueblo marroquí, ni con las autoridades oficiales de aquella nación. Con frecuencia, los problemas se reducían solamente a las desavenencias con una parte de los habitantes de determinadas zonas, los cuales actuaban fuera del control del propio sultán y, a veces, incluso contra los intereses de éste.

Después de terminada la Reconquista, la plaza de Melilla, tomada en 1497 por las armas españolas, y Ceuta, traspasada por Portugal a España en 1640 –con el dominio sobre Isla Perejil incluido–, constituían para la Corona la mejor la garantía del control del Mediterráneo occidental y de la seguridad defensiva contra las incursiones de otomanos y berberiscos. Desde entonces, las relaciones con los habitantes de los territorios circundantes sufrieron altibajos. La situación de tirantez se agravó con la dinastía de los alauitas, que fue la que realmente creó el Reino de Marruecos en el siglo XVII, sin que pueda decirse que hubiese un conflicto abierto y generalizado. En la segunda mitad del siglo XVIII, se atravesó por una etapa de armonía, gracias a la política pacifista y constructiva del conde de Floridablanca, ministro de Carlos III, hasta el punto de que el sultán ayudó a España durante el Gran Asedio a la plaza de Gibraltar. Sin embargo, cuando las relaciones entre los dos países se deterioraron verdaderamente fue durante el siglo XIX, en unos momentos en los que los intereses comerciales de Gran Bretaña y de Francia llevaron a estas naciones a disputarse el dominio de los territorios norteafricanos. España llegó incluso a plantearse, durante el periodo constitucional del reinado de Fernando VII (1820-23), la venta de las plazas de Ceuta y Melilla.

Convoy destinado a proveer de agua al fuerte de Rostro Gordo, en **Melilla**, en 1894 (*La Ilustración Artística*).

La tensión con las cabilas del interior, que escapaban al control del sultán de Fez, no dejaron de aumentar desde comienzos del reinado de Isabel II. Se produjo la ocupación de los territorios colindantes de la plaza de Ceuta, que ponían en peligro su defensa. Melilla sufrió un ataque en 1843 y el Gobierno de Narváez presentó una reclamación formal. No obstante, gracias a la labor mediadora de Francia e Inglaterra, se llegó a un arreglo sobre la cuestión de los límites –Acuerdo de Tánger de 25 de agosto de 1844 y Convenio de Larache de 6 de mayo de 1845–. A pesar de estos acuerdos, los límites no se restituyeron y España volvió a reclamar en 1848. El sultán respondió, calificando la ocupación de las islas Chafarinas por tropas españolas de invasión de su territorio. Finalmente, los cabileños de Anyera acosaron a las tropas españolas de Ceuta y destruyeron parte de las fortificaciones de la plaza en 1859, con el pretexto de que se adentraban en sus dominios. La respuesta del sultán de Marruecos no satisfizo al gabinete de la Unión Liberal que gobernaba en España bajo el reinado de Isabel II y éste le declaró la guerra. Comenzaba de esta forma la que desde entonces se ha conocido como Guerra de África.

Ultimátum al sultán

El Gobierno del general O'Donnell exigió a los marroquíes una reparación por el ataque de que había sido objeto una de las plazas españolas en el Norte de África. Les exigió que, en el plazo de diez días, fuesen restituidos los símbolos españoles que habían sido eliminados de la línea de la frontera y que los responsables de los ataques a Ceuta fuesen llevados a dicha ciudad para recibir el correspondiente castigo. El cónsul general de España en Tánger, encargado de transmitir este ultimátum, terminaba así su nota: "Si S.M. el Sultán se considera impotente para ello (castigar a los culpables) decidlo prontamente y los ejércitos españoles, penetrando en vuestras tierras, harán sentir a esas tribus bárbaras, oprobio de los tiempos que alcanzamos, todo el peso de su indignación y de su arrojo". La solicitud no fue atendida y el ministro de Estado, Calderón Collantes, sondeó la opinión de las cancillerías europeas ante una eventual declaración de guerra a Marruecos. Salvo Gran Bretaña, que desconfiaba de una presencia española firme al otro lado del Estrecho, el resto de las potencias europeas no puso objeciones a la actitud de Madrid. Finalmente, el 22 de octubre de 1859, las Cortes decidieron por aclamación declarar la guerra a Marruecos.

Los preparativos para la guerra se llevaron a cabo con mucho cuidado y, en el mes de noviembre, tuvieron lugar

Rafael Sánchez Mantero es catedrático de Historia Contemporánea en la Universidad de Sevilla.

los primeros desembarcos. A comienzos del año siguiente, los efectivos españoles avanzaron hacia Tetuán y la acción principal tuvo lugar en la Batalla de Los Castillejos, donde el general Prim se lanzó sobre las filas enemigas abrazado a la bandera. En los primeros días de febrero, el ejército expedicionario atacó la ciudad de Tetuán, apoderándose de ella y de un rico botín. La negativa a entablar negociaciones por parte de los marroquíes alentó a España a continuar su avance, rubricado con la victoria de Wad-Ras, que puso fin a las hostilidades. Dos días después (25 de marzo de 1860), el príncipe Muley el Abbas se veía obligado a firmar los preliminares de la paz.

España podía haber ampliado en aquella ocasión sus dominios en el Norte de Marruecos, pero la actitud de Gran Bretaña, totalmente contraria a que los españoles extendiesen su control sobre el otro lado del Estrecho, impidió el afianzamiento de estas conquistas. Mediante el Tratado de Paz y Amistad de Tetuán, de 26 de abril de 1860, Marruecos se comprometía a ceder a España, "a perpetuidad y en pleno dominio y soberanía", todo el territorio comprendido desde el mar, siguiendo las alturas de Sierra Bullones, hasta el Barranco de Anyera, así como a permitir el establecimiento de Santa Cruz de Mar Pequeña, con sus correspondientes derechos pesqueros sobre la zona. Además, se le obligaba a pagar una compensación de 400 millones de reales y a firmar un tratado comercial con España a la que se le daba el tratamiento de nación más favorecida.

O'Donnell se despide de la reina Isabel II antes de partir para la campaña de África, el 7 de noviembre de 1859 (Madrid, Bib. Nac.).

La Guerra de África constituyó un gran éxito para el gobierno de O'Donnell, que desató una ola de nacionalismo y amortiguó los muchos problemas políticos que España tenía en el interior. Sin embargo, quien salió verdaderamente reforzado de la guerra fue el progresista Prim, convertido en marqués de Los Castillejos, en virtud de su acción en aquella batalla. Como aspectos negativos, hay que considerar que las bajas españolas se elevaron a cerca de 10.000 y que las pérdidas económicas también alcanzaron una suma considerable.

Un aliado "viril y culto"

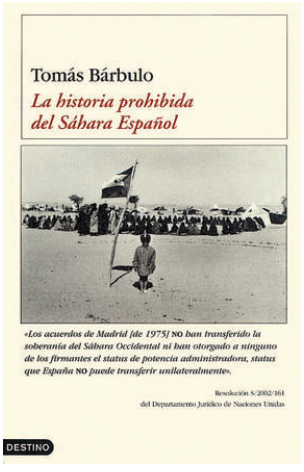
Después de unos años de tranquilidad en las relaciones hispano-marroquíes, a raíz de la caída de Isabel II y con motivo del periodo de inestabilidad que se abrió en España después de 1868, la situación de las posesiones españolas en el Norte de África empeoró notablemente. Hubo atentados en las plazas de Ceuta y Melilla, menudearon los incidentes en las aguas de la zona y los marroquíes reclamaron el Peñón de Vélez de la Gomera, que era objeto de

Sahara, el Problema

El eterno problema del ex Sahara español –caballo de batalla de la confrontación Madrid-Rabat– ha producido hasta el día de hoy bastantes títulos de todo tipo, desde los de carácter colonialista –los menos– a los de naturaleza crítica con la dominación española o con el proceso descolonizador, con la postura de Marruecos y con los propios saharauis.

En este caso, el autor, periodista, que vivió varios años en Ifni y luego en El Aaiún de 1969 hasta la *Marcha Verde* de 1975, lleva a cabo una compleja e ingente labor de información, utilizando diversos métodos, desde la consulta de documentos, muchos secretos o poco conocidos, hasta más de doscientas entrevistas a marroquíes, saharauis y españoles, pasando por una extensa bibliografía, publicaciones periódicas y los muy estimables testimonios personales del propio autor.

Todo esto le permite ofrecer un gran fresco histórico desde los últimos tiempos


Tomás Bárbulo
La historia prohibida del Sáhara Español
«Los acuerdos de Madrid [de 1975] NO han transferido la soberanía del Sáhara Occidental ni han otorgado a ninguno de los firmantes el status de potencia administradora, status que España NO puede transferir unilateralmente».
Resolución S/2002/161 del Departamento Jurídico de Naciones Unidas
DESTINO

coloniales hasta hoy, con numerosísimos datos, planteados desde distintos puntos de vista. Lo plantea con gran amenidad, aunque a veces con cierto eclecticismo. En él, vemos desfilar a los funcionarios, militares y pobladores autóctonos de los años de la colonia y a los iniciadores de los movimientos nacionalistas; presenciamos los efectos materiales de la represión española, el nacimiento del Polisario y su actividad política y militar, el interés de Marruecos por el territorio, la guerra diplomática hispano-marroquí y la componenda final. Y por último, la *Marcha Verde*, que fuerza definitivamente la retirada española.

Es muy interesante el capítulo 9, "El éxodo", sobre la marcha de los españoles y el reparto del Sahara Occidental entre Marruecos y Mauritania, y el 10, "El Ejército se pasa al Polisario", en el que cuenta cómo algunos militares españoles prestaron su apoyo a los independentistas saharauis contra Marruecos.

C. Caranci

Tomás Bárbulo,
La historia prohibida del Sahara español,
Barcelona, Destino, 2002,
347 páginas, 16 €

En 1860, comenzó la ofensiva en el Norte de Marruecos. Escena de **La Batalla de Tetuán**, por Mariano Fortuny (Barcelona, Museo de MNAC).

reivindicación desde hacía tiempo. No obstante, la restauración de la monarquía de los Borbones con Alfonso XII y la ascendencia que Cánovas del Castillo adquirió sobre la política española acabaron por imponer una línea de apoyo a la autoridad del sultán, para que mantuviese la independencia de Marruecos, frente a la pretensión expansionista de las potencias europeas. Cánovas decía en 1894: "Lo que a España le interesa, lo que España necesita, no es sojuzgar el Moghreb, no es llevar sus armas hasta el Atlas, lo que a España interesa es que el Moghreb no sea jamás una colonia europea, es que al otro lado del Estrecho se constituya una nación viril, independiente y culta, aliada natural de España, unida a nosotros por los vínculos de interés común, como lo está por los vínculos de la vecindad y por los de la Historia".

Después de la pérdida de las últimos territorios en Ultramar, en 1898, la acción colonial de España quedó reducida al continente africano. La importancia estratégica de la zona del Estrecho y las pretensiones de las potencias europeas de ampliar su control en el Norte del continente africano, llevaron a España a implicarse por esa vía en la política internacional. En realidad, en España no se había desarrollado un africanismo tan vigoroso como en otras naciones europeas a finales del siglo XIX. Fue Joaquín Costa quien defendió con más vigor el proyecto de acercamiento a Marruecos, considerando que España era la "tutora natural del vecino pueblo marroquí". En el siglo XX, la corriente africanista fue apagándose a medida que fueron surgiendo los conflictos suscitados como consecuencia de la presencia colonial española en aquellos territorios. Sólo algunos débiles intentos regionalistas de radicar la personalidad de Andalucía en el legado islámico mantuvieron hasta los años 30 la nostalgia africanista.

Desde el punto de vista de las relaciones internacionales, a comienzos del siglo XX, a Inglaterra, con su importante posesión de Gibraltar, le interesaba más tener enfrente a una potencia débil, como España, que una nación fuerte y con ambiciones expansionistas, como Francia. Esta era, en efecto, la gran rival de España en el Norte de África. Los dos países firmaron un tratado, el 3 de octubre de 1904, mediante el que se repartían las áreas de influencia. Dos años más tarde, a sugerencia de Alemania, se reunió la Conferencia de Algeciras y se establecieron unos acuerdos generales y otros particulares sobre los intereses de Francia y España. Entre estos últimos, la creación del Banco del Estado de Marruecos, o el establecimiento de una policía hispano-francesa para el mantenimiento del orden en la zona. De todas formas, desde ese momento, Francia aprovechó cualquier circunstancia para ampliar su influencia sobre Marruecos.

Tras la pérdida de Cuba y Filipinas en 1898, la acción colonial española quedó reducida al continente africano

Minas explosivas en El Rif

Aunque las plazas españolas de Ceuta y Melilla no dejaban de ser hostigadas por los nativos de los territorios aledaños, en 1906 los españoles pactaron con un caudillo local de la zona de Melilla la explotación de las minas del Rif. El acuerdo no garantizó la seguridad de los trabajadores, que iniciaron las obras de un ferrocarril minero y se produjeron ataques por parte de los indígenas. Los rifeños era gente de naturaleza rebelde, que practicaba un tipo de acción esporádica y poco consistente, pero difícilmente combatible, por el perfecto conocimiento que tenían del terreno y por la irregularidad de sus ataques. El envío

de tropas desde el puerto de Barcelona por parte del Gobierno de Maura fue la chispa que provocó la Semana Trágica, cuya consecuencia sería la propia caída del político conservador. Sin embargo, en las operaciones que se llevaron a cabo en El Rif, a pesar del descalabro que supuso para las tropas españolas el enfrentamiento en el Barranco del Lobo, el 27 de junio de 1909, y a pesar también de las numerosas bajas causadas en la toma del Monte Gurugú, España consiguió firmar un tratado con Marruecos mediante el cual, entre otras cosas, se le reconocía el derecho a intervenir en los territorios del sultán fronterizos con Ceuta, Melilla y el Peñón de Alhucemas.

La ambición expansionista de Francia, que la llevó a tomar Casablanca y Fez, hizo que España emprendiera la iniciativa de ocupar Larache y Alcazalquivir, en la zona occidental de Marruecos. Para solucionar la creciente rivalidad de las dos naciones europeas en el Norte de Africa, ambas firmaron un acuerdo, el 27 de noviembre de 1912, mediante el cual se establecía una zona de protectorado español y otra de protectorado francés. En el primero, la autoridad española estaría representada por un alto comisario y la autoridad marroquí por un jalifa, representante del sultán y elegido entre dos personas propuestas por el gobierno español. Tánger sería declarada ciudad internacional y España se comprometía a no fortificar la costa. El territorio del protectorado español se extendía por tres zonas: la de Melilla en el este, la de Ceuta en el centro y la de Larache al oeste. El problema consistía en la necesidad de conectar estas zonas, lo que implicaba la ocupación de los territorios intermedios. Era lo que el general Berenguer llamaría "la espina de Rif" y "el hueso de la Yébala".

El desastre de Annual

España comenzó a ocupar el territorio que le había sido asignado y en febrero de 1913 las tropas entraron en Tetuán, más tarde avanzaron hacia Larache y se extendieron también por el sur de Melilla. Sin embargo, el obstáculo más complicado fue la resistencia que opuso en la parte oriental el cabecilla indígena El Raisuni, resentido por no haber sido nombrado jalifa como esperaba. Las autoridades militares españolas mostraron serias discrepancias a la hora de enfrentarse con este rebelde, cuya autoridad efectiva estaba por encima de la del propio sultán. El general Fernández Silvestre se destacaba por su deseo de llevar a cabo una decidida acción bélica. Frente a él, el alto comisario, Gómez Jordana, más inclinado a llevar a cabo una acción más templada y contemporizadora. El estallido de la Primera Guerra Mundial obligó a paralizar las operaciones y el Protectorado mantuvo su situación hasta la finalización del conflicto.

Marroquíes de la **policía indígena**, en una ilustración que fue portada de la revista *Blanco y Negro* en noviembre de 1921.

En 1920, se reanudaron las operaciones bajo el mando del prudente y sistemático general Berenguer, que había sido nombrado para desempeñar el cargo de alto comisario por Romanones. Berenguer prefería la negociación y el pacto con los nativos. Sin embargo, el responsable de la comandancia de Melilla, general Fernández Silvestre, más impulsivo y arrojado, haciendo caso omiso a los planes de su superior, tomó Tafersit y Xauen, con lo que se consiguió dominar las rutas que unían Melilla con la parte occidental del protectorado. Pronto surgieron en torno a Melilla nuevos problemas, planteados en esta ocasión por un destacado cabecilla rifeño llamado Mohamed Abd-el-Krim el Jattabi, periodista y antiguo cadí de Melilla, que se había convertido en líder indiscutible de su tribu Beni Urruagel. En julio de 1921, Abd-el-Krim efectuó sendos ataques a las tropas españolas y a un convoy de aprovisionamiento que se dirigía desde Annual a Igueriben. El desastre fue completo. El general Fernández Silvestre murió en el encuentro y, con él, 10.000 soldados españoles. Aquella derrota frente a un ejército de rifeños, con pocos efectivos y deficiente armamento, pero con un exacto conocimiento del terreno y que había sabido aprovechar la desastrosa organización de sus enemigos, provocó una honda conmoción en la opinión pública española. La empresa marroquí cayó en una generalizada impopularidad y desencadenó una profunda crisis en la política española. En las Cortes y en la prensa se pidieron responsabilidades y el propio rey Alfonso XIII fue acusado

ABD-EL-KRIM, PERIODISTA Y GUERRILLERO

Mohamed Abd-el-Krim, llamado "el siervo del Generoso", nació en 1882 en Axdir, en la cabila de Beni-Urriaguel. Recibió educación en Melilla y posteriormente en Tetuán. En 1906, fue nombrado director del periódico *El Telegrama del Rif*, de Melilla y, más tarde, llegó a desempeñar la función de cadí en la misma ciudad. A pesar de las conexiones que entablaron él mismo y su familia con los españoles, Abd-el-Krim se convirtió en el cabecilla de la rebelión rifeña y trajo en jaque al ejército español de África. Creó la efimera República del Rif y terminó siendo apresado por los franceses y enviado por estos a la isla de Reunión. Murió en El Cairo en 1962.

Abd-el-Krim, líder de la fugaz República del Rif, trajo en jaque a los españoles. (E.O.).

Sesión de la **Conferencia de Algeciras**, 1906, donde Francia y España establecieron acuerdos sobre su influencia en Marruecos.

Un oficial español interroga a un grupo de **marroquíes, detenidos** durante la campaña lanzada por Primo de Rivera en 1925 (postal popular de la época).

de haber alentado a Fernández Silvestre para actuar como lo hizo, aunque nunca pudo probarse tal aserto. Las voces a favor del abandono de Marruecos comenzaron a oírse con fuerza, incluso dentro del Ejército.

La Dictadura de Primo de Rivera señaló un cambio en la actitud de España con respecto a aquellos territorios norteafricanos. El propio dictador dio un giro de ciento ochenta grados a lo que había sido su actitud frente al problema de Marruecos. Desde una posición abandonista, Primo de Rivera pasó a un decidido intervencionismo para zanjar de una vez la sangría que suponía su defensa. Sin embargo, en un principio, su política se mostró acorde con lo que había manifestado hasta entonces.

Trató de negociar con Gran Bretaña un trueque de Gibraltar por Ceuta y se puso en contacto indirectamente con Abd-el-krim para intentar concederle una autonomía y unas fuerzas militares propias. Lo que le hizo cambiar, fue la resistencia que le plantearon los militares africanistas y la dificultad que entrañaba salir de esa forma de aquel avispero sin que su prestigio quedase seriamente deteriorado. Una vez se decidió a intervenir, Primo de Rivera preparó la operación de una forma cuidadosa y sistemática. Asumió la Alta Comisaría de Marruecos y calmó a los oficiales que desconfiaban de su política, entre ellos el general Queipo de Llano y el teniente coronel Francisco Franco.

Su táctica consistió en replegar a las fuerzas españolas a una línea paralela a la costa, para acortar el frente con las cabilas rifeñas rebeldes y retirarse de esta forma a posiciones más seguras. Consiguió también coordinar sus acciones con los franceses, a lo que contribuyó el hecho de que éstos se viesen afectados por las acciones del Abd-el-Krim, el cual había hecho prisionero a El Raisuni, erigiéndose en líder indiscutible de la insurrección.

Desembarco en Alhucemas

La acción militar conjunta se inició en agosto de 1925. El 5 de septiembre, Primo de Rivera efectuó con éxito un desembarco en la Bahía de Alhucemas, con lo que tomaba la espalda a su enemigo y partía en dos sus posiciones. Ante el avance de españoles y franceses, Abd-el-krim solicitó entablar conversaciones y terminó por entregarse a los franceses, que lo enviaron con otros líderes rifeños a la isla de Reunión. A partir de ese momento comenzó la pacificación de Marruecos, que dejó de ser un problema para España.

Durante los años siguientes, las relaciones con aquellos territorios se desarrollaron con normalidad y, cuando se proclamó la Segunda República, sus responsables políticos trataron de simplificar la burocracia del Protectorado y de darle un carácter más civil a la Alta Comisaria, para reducir gastos y controlar a la oficialidad que había que mantener allí. Una tercera parte de las fuerzas que integraban el ejército español estaba formada por nativos y la actitud de las autoridades españolas fue la de colaboración con las autoridades indígenas. Cuando se produjo el levantamiento contra la República, en 1936, la plataforma marroquí constituyó un elemento clave en el avance de los sublevados desde Andalucía y Extremadura. Los marroquíes apoyaron la insurrección con la esperanza de conseguir la independencia del Protectorado. Esta esperanza fue alentada por los militares insurrectos y especialmente por el alto comisario, teniente coronel Beigdeber.

La independencia de Marruecos se planteó a mediados de los años cincuenta. Aquellos territorios constituían una carga para España y, aunque ya habían dejado de crear problemas de seguridad y de defensa, en los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial se había desarrollado allí una fuerte corriente nacionalista, que terminaría por reclamar la independencia. En marzo de 1956, Francia decidió por fin la emancipación de Marruecos y España se vio obligada a hacer lo mismo al mes siguiente. Sin embargo, ello no iba a eliminar los puntos de fricción que habían suscitado tantos enfrentamientos a lo largo del ultimo siglo y medio. Por el contrario, las plazas de soberanía y los territorios adyacentes, junto con Ifni y el Sahara Occidental, se convirtieron a partir de entonces en objeto de permanente reclamación por las autoridades marroquíes y de tensiones en la relación entre los dos países. ■

El final del Protectorado
DESCOLONIZACIÓN

En los años cincuenta, España tuvo que ceder a la demanda de independencia de sus protegidos marroquíes. El proceso dejó un amargo sabor de ingratitud entre los colonizadores, explica **Concepción Ybarra**

Militares y sacerdotes entre el profesorado de las Escuelas de Alfonso XIII, en Tánger (postal de la época).

En la década de los años cincuenta del siglo XX se llevó a cabo el proceso de descolonización, en que se vieron implicados los países "protectores", Francia y España, y el país "protegido", Marruecos. El problema de la disidencia del Rif había quedado resuelto a partir de la pacificación del Imperio jerifiano, conseguida en 1927 por el general Primo de Rivera, por entonces presidente del Gobierno español, y el mariscal Pétain, máxima autoridad militar en el Protectorado francés y héroe de la Primera Guerra Mundial. Desde la rendición a los franceses del líder rifeño, Abd-el-krim, y de su exilio en la isla Reunión, los rebeldes rifeños quedaron totalmente sometidos. Francia y España se afianzaron definitivamente en sus zonas respectivas, al haber finalizado los enfrentamientos armados.

En el período republicano, las autoridades españolas en Marruecos no tuvieron complicaciones –en 1934, fue ocupado Ifni sin ninguna oposición marroquí–, pero el Alzamiento Nacional trastocó la estabilidad conseguida hasta entonces. El 18 de julio de 1936, las tropas franquistas lograron la adhesión a la "causa rebelde" de todo el Protectorado español, pese a la oposición del alto comisario en funciones, Arturo Álvarez-Buylla que, el 16 de marzo de 1937, tras un juicio militar sumarísimo, fue fusilado en Ceuta por negarse a entregar a Franco la zona española de Marruecos.

Desde Tetuán, se organizó el desembarco de las tropas nacionales en la Península. Durante los tres años de lucha fraticida, esta zona fue una cantera de aguerridos soldados que luchaban por la defensa de unos ideales que en nada les atañían. Quizás los marroquíes seguían ciegamente las instrucciones de sus mandos, pensando que la defensa de la *España Nacional* iba a significar también su propia liberación. Al terminar la Guerra Civil, Franco quiso demostrar su agradecimiento a los "notables" y a la población marroquí que tanto habían colaborado en su causa, concediendo al jalifa de Tetuán una importancia semejante a la del propio sultán. En 1941, se reorganizó la Alta Comisaría, dotándola de mayor poder legislativo y extendiendo su jurisdicción a los territorios de Ifni y del Sahara. La amistad entre el jalifa Muley el Mehdi y Franco se mantuvo hasta el final del régimen de Protectorado. Incluso durante la Segunda Guerra Mundial, el jalifa y sus tropas, con el apoyo y dirección del ejército franquista, ocuparon Tánger el 14 de junio de 1940 –el mismo día que los alemanes tomaron París–. Cuando finalizó la contienda mundial, tras más de cuatro años de ocupación española, los aliados obligaron a España a retirarse de la "Ciudad del Estrecho" y a cumplir con el "Régimen Internacional de Tánger", firmado en París por las potencias europeas en 1928.

La impronta del franquismo

La organización administrativa de la zona española seguía siendo similar a la francesa en los años cuarenta: el sultán era el soberano de todo Marruecos en cuanto al "poder espiritual" y al "temporal" que ejercía sobre su pueblo, siendo su representante en la zona norte el jalifa de Tetuán. Los poderes ejecutivos y legislativos los compartía el *Majzén* jerifiano, en la zona francesa, con la Residencia General y sus departamentos y controladores, y el *Majzén* jalifiano, en el Protectorado español, con el Alto Comisariado y sus delegaciones e interventores. Esta semejanza administrativa contrastaba con las diferentes políticas aplicadas en una y otra zona. A comienzos de los cincuenta, el régimen de Protectorado había perdido su verdadera esencia, tanto en la parte española como en la francesa. El primer residente

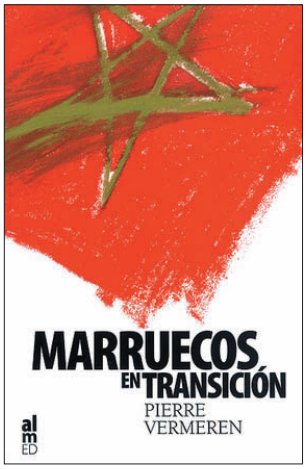
María Concepción Ybarra es autora de *España y la descolonización del Magreb.*

Un marroquí confidente de los españoles, junto a un solado y a un número de la Guardia Civil en el Norte de África. Esta postal de los años veinte difunde una tranquilizadora imagen del "moro amigo".

Una transición con expectativas

La subida al trono de Marruecos en 1999 de Mohamed VI, tras la muerte de su padre Hassan II, ha aumentado el interés por todas las cuestiones referidas a Marruecos. Se han publicado varios títulos sobre el nuevo rey la época que protagoniza, de la que se esperan cambios significativos. Uno de estos títulos, de un historiador francés experto en Marruecos, nos ofrece una completa panorámica de la situación contemporánea del tradicional "vecino del Sur".

Tras un rápido vistazo a la historia, se sumerge en la realidad marroquí del presente para concentrarse en la figura de Mohamed VI, el tercer rey poscolonial, en quien ve un posible reformador del majzén (el Estado oficial) desde su legitimidad monárquica. Sin duda, el monarca trae un viento nuevo, con una nueva generación, que intenta zafarse del sistema patrimonial anterior, democratizar el país, controlar al islamismo, hacer un sitio a la



mujer, combatir la pobreza, desarrollar la economía, favorecer la descentralización, prevenir el desarrollo urbano incontrolado, reducir la emigración y generalizar la instrucción...

El autor confía, aunque con la boca pequeña, en la voluntad y las posibilidades del nuevo rey. La situación social y económica es casi catastrófica, la instrucción es mala y no generalizada, la situación de la mujer –aunque mejor que en otros países árabes– no es buena, la gran minoría bereber reclama derechos que se le han dado con cuentagotas, la emigración es salvaje y realiza en catastroficas condiciones, las relaciones exteriores no siempre funcionan bien y hay peligro de introversión y aislamiento, la prensa, que es vigorosa, reclama más peso y libertad, el peso de ciertas tradiciones frena la modernización... Una labor ingente espera al nuevo monarca, pero Marruecos, creemos con el autor, tiene grandes posibilidades, como demostró varias veces a lo largo de su historia.

C. Caranci

Pierre Vermeren,
Marruecos en transición,
Granada, Almed, 2002,
365 páginas, 18 €

francés, el mariscal Lyautey, en 1912, había definido este sistema de la siguiente manera: la concepción del Protectorado es la de un país que conserva sus instituciones, su gobierno y su administración a través de sus órganos propios, bajo el mero control de una potencia europea que le sustituye en la representación exterior, se hace cargo de la administración de su ejército y de sus finanzas y lo dirige en su desarrollo económico. Lo que caracteriza a esta concepción es la fórmula "control", en cuanto opuesta a la de administración directa.

Sin embargo, hacía tiempo que tanto España como Francia estaban ejerciendo en su Protectorado una "administración directa" y, aunque el sultán seguía siendo "la más alta autoridad, de la que emanaba todo poder, conservaba su prestigio y era el jefe espiritual de todos los marroquíes", en realidad, no poseía apenas poder político y sólo se le permitía firmar los *dahires* que le presentaba la Residencia General francesa. De la misma forma se consideraba al jalifa de Tetuán en la parte española. Su *Majzén* administraba los asuntos internos, y la Alta Comisaría, que desde 1951 estaba dirigida por el general García Valiño, era la que efectivamente controlaba la zona.

En 1958, los rifeños se alzaron para pedir la vuelta de Abd-el-Krim, aquí fotografiado en el exilio.

Dos caminos distintos

Al inicio de los cincuenta, todo el Magreb se preparaba para conseguir su independencia. Francia y España, potencias colonizadoras en el Noroeste de África, respondieron de diferente manera al deseo de libertad de los pueblos magrebíes. El nacionalismo, con la connivencia de la Liga Árabe, había comenzado a ejercer una gran presión sobre Francia. La alianza de los países árabes, en 1951, había solicitado a las Naciones Unidas que se ocuparan del grave problema que se estaba presentando en Marruecos a causa de la tensa relación existente entre el mariscal Juin, residente General de Francia en Marruecos, y el sultán Mohamed V. Juin había denunciado al soberano por prestar ayuda al *Istiqlal*, el más nacionalista de los partidos magrebíes, y aconsejaba a su Gobierno el destrona-

El **jalifa de Tetuán** ejercía autoridad nominal. La real dependía de la Alta Comisaría, dirigida desde 1951 por el general García Valiño.

Mohamed V, con su familia. Su heredero, Hassan II, de pie a la izquierda. Los franceses trataron de apartarle del poder, pero tuvieron que aceptar su regreso del exilio para frenar el caos.

miento y alejamiento de Mohamed ben Yussef y el de su heredero, el príncipe Hassan. El Gobierno español, sin embargo, tenía el favor árabe, por practicar una política de amistad y fraternidad en su Protectorado marroquí.

Al fin, el Gobierno francés, presionado por el *lobby colonialista*, derrocó al Sultán Mohamed V el 20 de agosto de 1953, poniendo en su lugar al "afrancesado" Muley Arafa, tío del Sultán expulsado. Desde el golpe de Estado, los conflictos políticos y militares se incrementaron en el Protectorado francés. Los nacionalistas marroquíes hicieron del exilio de su sultán la causa "santa" por la que luchar y unir a todas las fuerzas políticas magrebíes, con el fin de conseguir la liberación total del Magreb.

Francia concedió la independencia a Marruecos el día 2 de marzo de 1956. España lo hizo el siguiente 7 de abril

Este grave error francés fue aprovechado por las autoridades españolas para desarrollar una campaña antifrancesa y pronacionalista que complicaría en el futuro las relaciones hispano-francesas, aunque ampliaría el prestigio de Franco en el mundo árabe. España vivía el período más pacífico en la historia de su intervención en tierras marroquíes.

Durante los dos años que siguieron al cambio de sultán, los atentados y conflictos políticos en el Protectorado francés se incrementaron, a pesar de que la intención del Gobierno de París había sido derrocar a Mohamed V para poner fin a la crisis política y social que se estaba viviendo en todo el Imperio jerifiano. Los problemas exteriores de Francia no sólo se referían a las relaciones con el Imperio alauita, sino también con España, a la que denunciaba por el continuo apoyo que concedía a los perseguidos nacionalistas que encontraban refugio en la zona española. Así mismo, el Gobierno francés tenía que soportar la presión a que era sometido desde la Liga Árabe y Estados Unidos a causa de su empeño en conservar las colonias del Norte de África. Las comunidades magrebíes vivían inmersas en el terror, ya que los atentados terroristas y las represiones gubernativas estaban convirtiendo al Magreb en un caos total. Esta situación fue aprovechada por Mohamed V, desde su exilio de Madagascar, para negociar con Francia su retorno.

El Gobierno de la débil IV República francesa se avino a solucionar las cuestiones de las independencias de sus Protectorados de Marruecos y de Túnez, ya que se veía desbordado por varios conflictos, en especial por los enfrentamientos con los nacionalistas argelinos que, desde octubre de 1954, habían emprendido una dura lucha contra la metrópoli para conseguir la independencia. En la estación veraniega de Aix-les-Bains, en el sur de Francia, el 22 de agosto de 1955, se reunieron para negociar el futuro de Marruecos los representantes del Gobierno francés y varios líderes de los partidos nacionalistas del Protectorado. Días después, se llegó al acuerdo de constituir un Consejo de Regencia, mientras se tomaban las medidas precisas para restaurar en el trono al antiguo sultán. En otoño se permitió a Mohamed V regresar de su exilio y asentarse en París, mientras se llevaba a cabo la expulsión de Muley Arafa. El 16 de noviembre, Mohamed ben Yussef y sus dos hijos mayores, Hassan y Abdallah, fueron recibidos en Rabat por un pueblo exultante de alegría. Francia, por fin, había claudicado ante el nacionalismo independentista. El apoyo español a la causa del sultán legítimo había quedado olvidado.

El final del Protectorado

La disolución del Tratado del Protectorado de Marruecos fue llevada a cabo por el Gobierno francés el 2 de marzo de 1956. Sin embargo, el Gobierno español no la reconoció hasta que se hubo firmado en Madrid, el siguiente 7 de abril. La Declaración conjunta Hispano-Marroquí aceptaba la independencia del Protectorado español de Marruecos con estos términos: "El Gobierno español reconoce la Independencia de Marruecos

proclamada por S.M.I. el Sultán Mohamed V y su plena soberanía, con todos los atributos de la misma, incluidos la diplomacia y el ejército propios; renueva su voluntad de respetar la unidad territorial del Imperio que garantizan los Tratados Internacionales; y se compromete a tomar las medidas necesarias para hacerla efectiva". En tanto, se llevaba a cabo la transmisión de poderes, las relaciones hispano-marroquíes se regirían por el Protocolo Adicional, que acompañaba a la anterior *Declaración* y que regulaba la administración conjunta durante un período transitorio sin especificar. El Acta de Algeciras de 1906 y el Tratado del Protectorado de Fez y Madrid de 1912 quedaban así anulados.

En abril de 1956, comenzó una nueva etapa llena de complicaciones en las relaciones entre los dos países porque, en esa fecha, Marruecos no había conseguido, como era su deseo, su total unión ni su completa independencia de las potencias protectoras. En julio, quedó definitivamente transferida la zona norte del Protectorado español, pero la zona sur, Tarfaya, territorio comprendido dentro del Tratado del Protectorado firmado en 1912, aún tardó algún tiempo en descolonizarse. El motivo de este retraso fue el rápido enfriamiento de las relaciones entre los Gobiernos de Marruecos y de España y las constantes reclamaciones del sultán y de su hijo y heredero, el príncipe Hassan, sobre los territorios de Ifni, el Sahara, Ceuta y Melilla.

Desestabilización del Sur

Las negociaciones para las transferencias no habían presentado mayores complicaciones, hasta que comenzaron a producirse en Ifni actos de terrorismo contra las tropas españolas. El levantamiento de las tribus Ait Ba Amrane de ese territorio, soliviantadas por el *Istiqlal*, estaba dando lugar a la desestabilización de la zona sur. El *Istiqlal* (Partido de la Independencia) reclamaba la reunificación de todos los territorios marroquíes. Según ese partido, todas las tierras entre Argelia y el río Senegal, incluyendo el Sahara, así como los territorios españoles del Norte de Marruecos, pertenecían por derecho al Imperio alauita y deberían constituir el Gran Marruecos.

Desde noviembre de 1957 hasta abril de 1958, bandas armadas del Ejército de Liberación Marroquí atacaron sucesivamente las posiciones españolas en Ifni y el Sahara. Tras la firma de la independencia, el Gobierno español había manifestado que no entregaría Ifni, argumentando que en el Tratado hispano-marroquí de 1767 el sultán había declarado que "sus dominios no llegaban hasta allí". El Gobierno francés tampoco deseaba que el Sahara Occidental español fuera entregado a Marruecos. Por otra parte, el Gobierno de Franco temía que "si España cediera y entregara Ifni, Rabat pediría todo el Sahara, Ceuta, Melilla y los Peñones". Durante cuatro meses, se mantuvieron intensas acciones militares entre las fuerzas españolas de los Ejércitos de Tierra, Mar y Aire contra los guerrilleros marroquíes, produciéndose un conflicto que pudo haber tenido graves consecuencias y que costó numerosas bajas a ambas partes. Por fin, el 2 de abril de 1958, se llegó al cese de los enfrentamientos, porque España se avino a firmar el Acuerdo de Retrocesión de Tarfaya en la localidad portuguesa de Cintra.

La Guardia Mora de Franco se disolvió tras la independencia de Marruecos en 1956. Franco en Valladolid, en un acto en 1939.

Rebelión en El Rif

No obstante, las crisis en el antiguo Protectorado español aún no habían finalizado. En mayo de 1958, se ocasionó otro conflicto en la zona rifeña que tuvo implicaciones peligrosas para las futuras relaciones hispano-marroquíes. Mohamed V nombró un nuevo gabinete, con mayoritaria participación del *Istiqlal*. Este partido no era bien visto por los rifeños, porque les impedía participar en el gobierno de su nación. Las tribus rifeñas clamaban por la vuelta de Abd-el-Krim, su líder histórico, que seguía en su exilio voluntario de El Cairo. El "Emir del Rif" se había declarado enemigo acérrimo del dirigente del *Istiqlal*, Allal el Fassi, ya que aseguraba que ese personaje y su partido se encontraban demasiado influidos por Francia, lo que impedía la culminación de la independencia marroquí.

Cuando, en el verano de 1958 aparecieron en las calles de Tetuán pintadas con vivas al "Generalísimo Franco", se sospechó de connivencia entre rifeños y españoles para ir contra del Gobierno marroquí. Los habitantes de la antigua zona española deseaban el levantamiento de sus cabilas, porque "habían perdido la fe en su soberano que les tenía olvidados". El 1 de octu-

Legionarios muertos en una **emboscada junto a El Aaiún**, en enero de 1958. Las hostilidades en el Sahara e Ifni cesaron en abril, cuando España aceptó la retrocesión de Tarfaya.

bre, la situación se complicó. Diversas cabilas rifeñas se rebelaron contra las autoridades de Rabat, dominadas por el *Istiqlal*. Se formó el Ejército de Liberación del Rif, que exigía el nombramiento de sus líderes como principales autoridades de la zona, la vuelta de Abd-el-Krim, recibir las mismas inversiones que en el sur y los mismos derechos. En enero de 1959, el rey decidió acabar de forma drástica con las protestas. Envió a la región numerosos contingentes de soldados del Ejército y de la Aviación Real, al mando del príncipe Hassan, para combatir a los sublevados en las montañas rifeñas. Pero éstos estaban dispuestos a defender sus derechos hasta que el rey atendiera sus reclamaciones.

El 6 de febrero, Abd-el-Krim el Jatabi, como presidente del Comité Árabe pro Libertad del Magreb, dirigió desde El Cairo un *Manifiesto al pueblo marroquí combatiente*, en el que denunciaba a Mohamed V y al Gobierno de Marruecos por enviar "aviones franceses mortíferos e incendiarios para aplastar y aniquilar a los rebeldes del Rif". Contra este gran aparato, nada pudieron las cabilas rebeldes y, a finales de febrero de 1959, quedó sofocada la rebelión, aunque los habitantes de esa región ya nunca olvidarían la crudeza de la represión llevada a cabo por mandato real. Tampoco Mohamed V y Hassan II, en adelante, confiarían en los habitantes de la antigua zona española. Abd-el-Krim, humillado, tuvo que pedir para él y para los suyos el *amán* a Mohamed V, pero ya no quiso volver a su país y murió en el Cairo, en febrero de 1963.

Reemplazo en el Trono

A pesar de haber finalizado la disidencia rifeña contra su rey, y aunque la presencia de España en la zona ya no significaba la necesidad de que permanecieran sus fuerzas armadas, éstas, si bien muy disminuidas, no salieron del Imperio alauita hasta agosto de 1961, ya que se esperaba a que Francia también retirara las suyas. Tras el fallecimiento, en extrañas circunstancias, de Mohamed V, en febrero de 1961, y la subida al trono de su hijo Hassan, Franco decidió al fin, para evitar un enfrentamiento con el nuevo soberano, retirar todos los efectivos militares españoles de los territorios de Marruecos. El esfuerzo que había significado para España la colonización de Marruecos pronto sería olvidado. Ni siquiera sería recordado el apoyo a la causa del sultán Mohamed V durante la "crisis del Trono".

Hassan II y Franco se abrazan, durante una entrevista en 1963, dos años después de acceder al trono. En 1961, Franco había retirado de Marruecos a los últimos soldados españoles.

El deseo de los marroquíes por liberarse de la tutela española había causado una profunda sorpresa y disgusto no sólo a Franco y a su Gobierno, sino también a todo el pueblo español. En los últimos años del Protectorado, correspondientes al mandato del alto comisario García Valiño, parecía haber quedado de manifiesto que la política de "marroquinización" emprendida por ese general satisfacía tanto a las autoridades jalifianas como al pueblo marroquí. A partir de la independencia de Marruecos, las relaciones con el antiguo Protectorado atravesaron continuos conflictos. De nada había servido que Franco y su Alto Comisario hubieran ayudado a los nacionalistas magrebíes. Al final, fue Francia, pese a su continua política represora de los años finales del régimen colonial, quien obtuvo todos los beneficios. La influencia francesa continuó siendo la primordial en todo el Norte de África y las transacciones económicas y financieras de los países magrebíes se desarrollaron principalmente con el país galo. Respecto a España, sólo prevalecería, por parte de Marruecos, el ánimo reivindicativo que no finalizó ni siquiera cuando, en 1969, se "retrocedió" Ifni, a cambio de importantes concesiones pesqueras, ni cuando el último Gobierno de Franco, presionado por la *Marcha Verde*, entregó en 1975 el Sahara Occidental a Marruecos y a Mauritania, con el consiguiente desacuerdo de Argelia y del pueblo saharaui.

Cuando España se retiró del Sahara, tras los Acuerdos Tripartitos del 15 de noviembre de 1975, comenzó el secular conflicto por la autodeterminación del Sahara, que aún impide las buenas relaciones con el país alauita. Entre las contrapartidas exigidas a Marruecos, se encontraban los derechos de pesca en los litorales marroquíes y en los caladeros del antiguo Sahara español. Pero esos compromisos duraron poco porque, como estamos constatando, los conflictos entre España y Marruecos se han hecho seculares a causa de las reivindicaciones territoriales y de los incumplimientos de los pactos internacionales.

El 31 de diciembre de 1877, ya las relaciones con Marruecos eran denunciabas al rey Alfonso XII por el mariscal de campo Victoriano de López Pinto, comandante general de Ceuta, con estas palabras: "No es solamente el tratado de comercio –firmado el 21 de noviembre de 1861– relativo a la navegación, a la pesca y a las industrias marítimas, el que se ve incumplimentado por los Marroquíes, sino que tampoco cumplen los que nos prometen en solemne pacto internacional". ■

Un grupo de marroquíes exhibe banderas frente a Isla Perejil, en julio pasado. La ocupación marroquí del exiguo islote provocó la mediación estadounidense para resolver la crisis.

Las causas de la DISCORDIA

Un rosario de asuntos espinosos envenena las relaciones entre España y Marruecos, que se encuentran en su peor momento. **Felipe Sahagún** analiza las piedras en el camino hacia una vecindad menos traumática

Las relaciones hispano-marroquíes atraviesan por la crisis más grave desde el final del franquismo, cuando el rey Hassan II aprovechó la confusión y debilidad de España para quedarse con el Sahara Occidental por la fuerza. La salida de la crisis obliga a explorar fórmulas nuevas, a partir de los dos principios establecidos en el Tratado de Amistad, Buena Vecindad y Cooperación, firmado en Rabat el 4 de julio de 1991: la abstención del recurso a la amenaza o al uso de la fuerza y la búsqueda de soluciones pacíficas a los conflictos.

Aunque todos los observadores sitúan el origen de la actual espiral de confrontación en el fracaso de las negociaciones pesqueras, será muy difícil recuperar la normalidad sin una revisión global de las fuentes de conflicto y de las enormes posibilidades de cooperación entre los dos vecinos.

Esa revisión debería empezar por las percepciones negativas mutuas y los dos conflictos más arraigados, el del Sahara Occidental y de la pesca, y completarse con el resto de la agenda: pros-

Felipe Sahagún es periodista.

pecciones en aguas territoriales, inmigración, narcotráfico, comercio e inversiones, Plazas norteafricanas y relaciones multilaterales.

Mala imagen por ambas partes

El crecimiento constante de la inmigración irregular y del narcotráfico desde Marruecos, la crisis pesquera, el boicot del referéndum en el Sahara Occidental por Rabat, la reivindicación de Ceuta y Melilla y la retirada del embajador en España han realimentado en los últimos dos años las más negativas percepciones recíprocas de españoles y marroquíes.

Aunque sea una simplificación de una realidad muy compleja, las últimas tensiones han reforzado en España la vieja imagen hostil del moro, perpetuada por las guerras de los siglos XIX y XX y por la Guerra Civil española. Recobra fuerza la visión negativa de Claudio Sánchez Albornoz y pierde terreno la positiva de Américo Castro. Tal vez necesitemos un nuevo Menéndez Pelayo que vuelva a reconciliar los extremos y permita recuperar el equilibrio.

Una comisión hispano-marroquí de educación que revisase los libros de Historia en los dos países ayudaría a mejorar las percepciones.

Los barcos pesqueros, parados

Concluido el 30 de noviembre de 1999 el periodo de cinco años de vigencia del acuerdo del 95, Marruecos, que desde entonces venía advirtiendo que sería su último acuerdo de pesca con la UE, se negó a renovarlo. La decisión marroquí dejó en el limbo a los 424 barcos, unos 4.000 marineros y unos 12.000 empleos indirectos españoles, sobre todo de Andalucía, que dependían hasta entonces de la pesca en aguas marroquíes, a cambio de unos 450 millones de euros para todo el periodo de vigencia del acuerdo.

Se iniciaron negociaciones y la UE aprobó compensaciones para el sector. La visita de Mohamed VI a Madrid en septiembre de 2000, en la que Aznar había puesto sus últimas esperanzas, no sirvió para nada.

El 25 de abril de 2001, la UE rechazó la última oferta de Rabat, que exigía 90 millones de euros anuales –más o menos, la misma cantidad que venía recibiendo–, pero a cambio de recortar el periodo de vigencia, reducir a 80 el número de barcos que podían faenar y de condiciones inaceptables para la comercialización de las capturas y la contratación del personal de los barcos.

Soldados españoles, tras colocar una bandera reivindicativa de la soberanía del islote de Perejil el 18 de julio. Poco después, aquel contingente se retiraba.

Aznar anunció que la ruptura del acuerdo tendría consecuencias. Mohamed VI envió a dos ministros a Madrid para tratar de paliar la crisis, pero ya era muy tarde. El Gobierno español decidió suspender cinco planes de cooperación, entre ellos la condonación de la deuda acordada en la cumbre de 1999.

Los hechos han demostrado que la razón de Marruecos para no firmar –la preservación de sus caladeros– era sólo una excusa. Desde que se retiraron los barcos españoles, las capturas en aguas marroquíes han aumentado.

Sahara, la "traición" de Aznar

La llegada de Mohamed VI al trono coincidió con el fracaso definitivo, a causa del boicot marroquí, del referéndum de autodeterminación, del Plan de Arreglo de la ONU, que puso fin a 15 años de guerra en 1991. Dicho plan incluía el alto el fuego y la autodeterminación tras la elaboración de un censo.

Marruecos, según escribe Domingo del Pino en el último número de *Política Exterior*, lleva invirtiendo un millón de dólares diarios desde 1976 en el Sahara. A Argelia, añade, le cuesta otro tanto el mantenimiento de los campamentos saharauis en Tinduf, sin contar la ayuda internacional que recibe el Polisario.

Tras censar a 86.381 personas en nueve años y medio, los 25 miembros de la MINURSO y los 231 *cascos azules* que permanecían en el territorio consideraron inútil seguir adelante. Marruecos no aceptaba referéndum alguno si no podían votar de 200.000 a 500.000 colonos marroquíes residentes en la ex colonia española.

Ante el bloqueo, el secretario general de la ONU, Kofi Annan, propuso la partición del territorio. Al ser rechazada por Marruecos, presentó al Consejo de Seguridad, el 29 de junio de 2001, un nuevo plan del mediador, James Baker. En él se proponía una tercera vía: autonomía del Sahara dentro de Marruecos y posibilidad de referéndum en cinco años.

Por intereses geoestratégicos, convencidos de que un referéndum en el Saha-

Los **pescadores de Barbate** cortaron la carretera N--340 en abril de 2001, para pedir un acuerdo de pesca con Marruecos que les permitera volver a faenar.

ra desestabilizaría a Marruecos y abriría las puertas al integrismo marroquí –como si no estuviera ya dentro–, Francia y EE UU apoyaron la idea, pero Rusia, con el respaldo de Argelia y de España desde fuera del Consejo, amenazó con vetarla. Aznar dejó claro que rechazaría cualquier solución impuesta a las partes, por no garantizar la estabilidad regional ni un acuerdo duradero. Mohamed VI lo consideró una ofensa personal, por no decir una traición.

Si Marruecos hubiera planteado la tercera vía de otra manera, consultando con Madrid, Argel y el Polisario, la actitud de Aznar podía haber sido diferente. De hecho, la del PSOE ha ido cambiando en los últimos veinte años y hoy es claramente pro-marroquí, aunque no lo sea el sentimiento de la mayor parte de sus votantes. Plantearla como un hecho consumado era pedir al Gobierno español que incumpliera todos los principios que ha venido defendiendo sobre el conflicto desde 1975.

La fiebre del oro negro

Con licencias a ambos lados de la frontera marítima en el Mar de Alborán, la estadounidense *Conoco* efectúa exploraciones desde principios de 2000, con autorización de Madrid y Rabat. El año pasado, Marruecos, unilateralmente, concedió nuevas licencias a otras compañías como la francesa *Total Fina Elf*, la angloholandesa *Shell* y la estadounidense *Kerr Macgee* para exploraciones en las aguas que separan las Canarias del Sahara. *Total Fina Elf* podrá explorar un área de 115.000 kilómetros cuadrados en la costa de Dajla durante un año. Por su parte, *Kerr McGee* tiene autorización para explorar una zona de 110.000 kilómetros cuadrados en la costa norte del Sahara Occidental. Según el Estudio Geológico sobre Energía Mundial 2000 de EE UU, las reservas de petróleo y gas en la costa del Sahara podrían ser muy importantes.

Con estas concesiones, Marruecos desafió de nuevo a la ONU, con la complicidad de algunas multinacionales. En represalia, el Frente Polisario concedió una licencia a la compañía australiana *Fusion Oil* para idénticos fines y España hizo otro tanto.

Sin acuerdo bilateral sobre los límites en dichas aguas y, dado que Marruecos hizo caso omiso del principio jurídico internacional de la "línea media equidistante", el Gobierno español autorizó, por decreto de 21 de diciembre de 2001, a *Repsol YPF* la exploración en 3.000 kilómetros cuadrados al este de Fuerteventura. Marruecos, que ni siquiera renuncia a quedarse un día también con las Canarias, lo considera, en palabras del ministro de Exteriores Mohamed Benaissa, "un acto unilateral rechazable".

La concesión a *Repsol YPF* se extiende a siete zonas marítimas de Fuerteventura y Lanzarote, dos de ellas en aguas reclamadas por Rabat. El permiso es para seis años y la compañía española se compromete a invertir hasta 30 millones de euros.

España declaró en 1997 la frontera marítima entre ambos Estados en la mediana entre Marruecos y las Islas Canarias, pero Rabat sigue reclamando su soberanía sobre toda la plataforma continental.

Medio millón de inmigrantes

La ministra española de Exteriores está convencida de que la inmigración irregular, al menos para España, es hoy el problema principal en las relaciones bilaterales. El número de marroquíes que ya trabaja legalmente en España supera el cuarto de millón, casi una cuarta parte de todos los inmigrantes que viven en nuestro país con sus papeles en regla.

En condiciones irregulares puede haber más de medio millón. En el año 2000 el número de marroquíes detenidos al intentar entrar fue de unos 12.000, cuatro veces más que en 1999. La cifra no ha dejado de aumentar desde entonces. El número de los que

Desfile militar durante el Congreso del **Polisario** de 1978. El futuro del Sahara sigue dividiendo a España y Marruecos.

El año pasado, el número de marroquíes detenidos al intentar entrar fue de 12.000, cuatro veces más que en 1999

Dos **patrones marroquíes** conducen a España a inmigrantes subsaharianos en una patera, interceptada en alta mar, en abril de 2001. Desde ese año, ha aumentado el número de pateras.

mueren en el intento oscila entre los quinientos y los mil por año, según las asociaciones de derechos humanos de los dos países.

La Ley de Extranjería de 1985, la exigencia de visados a los magrebíes desde el 91, la nueva Ley de Extranjería de 2000 y los procesos sucesivos de regularización apenas han resuelto ninguno de los elementos más conflictivos: su politización por las autoridades de Marruecos, que utilizan a los emigrantes como instrumento de presión, y las mafias que viven de ellos a ambos lados del Estrecho: en el 98 la Policía española desmanteló 148 redes de traficantes con emigrantes; al año siguiente, 244 y el año pasado, más de 300.

Marruecos, que necesita dar trabajo a unos 250.000 jóvenes cada año y recibe en remesas de los inmigrantes más divisas que por turismo, desmantela aproximadamente una red por mes: lo justo para cubrir el expediente.

A pesar de todo, el 23 de enero de 2001, cuando entró en vigor la nueva Ley de Extranjería, Marruecos era el único país con el que España mantenía, desde 1992, un acuerdo que permite la devolución inmediata de los irregulares interceptados.

Coincidiendo con las tensiones diplomáticas relacionadas con la pesca y el Sahara Occidental, desde mediados de 2001 se multiplicó el número de pateras procedentes de Marruecos. Entre 50 y 100 inmigrantes fueron detenidos cada día en el Estrecho y en Canarias en junio y julio del año pasado. Para frenar la avalancha, que el Gobierno español no consideró nunca casual, el 25 de junio, Madrid y Rabat firmaban un convenio para regular la entrada de temporeros marroquíes en España, pero, como tantos otros, se ha quedado en papel mojado.

En espera de negociaciones bilaterales que permitan respuestas más eficaces, el Gobierno español defiende ayudas de la UE a Marruecos para que colabore en la lucha contra la inmigración irregular y, de no hacerlo, sufrir sanciones económicas.

La solución estratégica de la UE –una zona de libre cambio entre las dos orillas del Mediterráneo antes de 2010– nació muerta, por las fuertes restricciones comunitarias a las exportaciones de los productos agrícolas del Sur. En cuanto al programa de ayuda al desarrollo para la región (MEDA), que prevé ayudas financieras superiores a los 5.000 millones de euros del 2000 al 2006 en el Mediterráneo sur, no está dando los frutos esperados, porque los inversores potenciales siguen sin encontrar en la región las condiciones de rentabilidad necesarias.

La ruta del hachís

Según la Oficina de las Naciones Unidas para el Control de Drogas y la Prevención del Crimen (UNODCCP), Marruecos es el mayor productor mundial de resina de hachís y España, una de las principales rutas mundiales de la resina de hachís que, desde Marruecos, llega a toda Europa.

Como señala Carlos Echeverría en un excelente informe sobre las relaciones hispano-marroquíes publicado por el Instituto Elcano (www.realinstitutoelcano.org), a finales de septiembre, la naturaleza estructural de dichos cultivos en el Norte de Marruecos, la importante demanda existente en Europa y la posición geográfica de España impiden cualquier solución sin una estrecha cooperación entre los servicios de seguridad de ambos países.

En la cumbre del 28 de abril de 1999, la última hasta hoy, Aznar y su colega marroquí, Abderramán Yusufi, se comprometieron a reducir la fuerte dependencia que el Norte de Marruecos tiene del narcotráfico. La crisis diplomática ha paralizado todos los proyectos.

Manifestación de marroquíes en Almería, en febrero de 2000, en **protesta contra el racismo**.

Aunque sigue siendo el segundo inversor en Marruecos, con 238 millones de euros invertidos en los últimos cinco años, en el último año las inversiones, que ya en 2001 cayeron un 77% respecto a 2000, se han estancado, en buena parte por la crisis política.

Más de 800 empresas españolas

No obstante, José Miguel Zaido, presidente del Comité Empresarial Hispanomarroquí, asegura que, a pesar del conflicto diplomático, el trato recibido por las más de 800 empresas españolas instaladas en Marruecos, que dan trabajo a unas 30.000 personas, "ha sido exquisito". Se refería a los empresarios y trabajadores marroquíes, no al Gobierno de Rabat.

Crece el temor de que, si se prolonga demasiado la crisis, las empresas españolas queden fuera de los grandes proyectos, como el complejo portuario que se pretende levantar en Tánger antes de 2007, y de las privatizaciones de grandes empresas públicas, que el nuevo Gobierno podría reanudar en breve.

Las exportaciones españolas pasaron de 635'5 millones de euros en 1996 a casi 1.504 millones en 2001, mientras las importaciones pasaron de casi 485`5 millones a 1.221 millones. Marruecos es el décimo cliente mundial de España y el primero de África; España es el segundo receptor, después de Francia, de exportaciones marroquíes a la UE. Aunque en el 2001 se han congelado, Marruecos sigue siendo, tras el Reino Unido y Portugal, el principal cliente de la industria militar española, con compras por valor de 28,3 millones de euros en el último año. Aunque se trata "exclusivamente de vehículos de transportes. no blindados y no armados", aseguró el 24 de septiembre en el Congreso el se-

Musulmanes sin escapatoria

Aunque gran parte de los estereotipos aplicados a los inmigrantes marroquíes en España se ajuste a la pauta establecida por una maurofobia que, como ha ilustrado Eloy Martín Corrales en una obra reciente, remite a una rancia y secular genealogía, lo cierto es que la actitud con que se acoge hoy a los trabajadores procedentes del otro lado del Estrecho se fundamenta en un equívoco preliminar: el de imaginar que, más allá de nuestras costas, no existe otro credo que el de Mahoma. Inspirados por este determinismo de nuevo cuño –emparentado con los que prosperaron a lo largo del siglo XIX, aunque partiendo de la fe y no del clima o de la raza–, los comentarios sobre los temporeros norteafricanos dan por descontado que entre ellos no pueden existir cristianos, judíos o fieles de cualquier otra religión. Y lo que resulta aún más alarmante: dan por descontado que el hecho de haber nacido en un medio musulmán descarta cualquier posibilidad de que los individuos evolucionen hacia el agnosticismo, el descreimiento e, incluso, la apostasía.

Faenar bajo los plásticos de El Ejido y proceder de un país del Magreb, en particular de Marruecos, acaba convirtiéndose así en prueba de una sorprendente pertenencia a la fe musulmana, por lo demás entendida como manifestación de una identidad colectiva y no como opción religiosa. A través de esta manipulación, cada día más consolidada, los inmigrantes dejan de ser percibidos como lo que son –personas llegadas de otro país para ganarse la vida en el nuestro, cada cual con su fe, su educación o sus esperanzas–, y pasan a formar parte de esa categoría abstracta y totalizadora en la que se ha convertido al Islam. Una categoría sin escapatoria que comprende, revueltos en una amalgama inextricable, desde los hábitos culinarios o el vestido hasta la ablación del clítoris o el matrimonio forzoso. Y todo ello por no hablar del Islam como espacio geopolítico.

Disuelta la individualidad de los inmigrantes en esta totalidad única e indiferenciada, nada tiene de extraño que los problemas derivados de su presencia en nuestro país –problemas como la quiebra de la igualdad ante la ley o de la protección social garantizada por el trabajo– merezcan menos atención que las discusiones acerca de si el Islam puede convivir con la democracia o si sus principios son compatibles o no con los "valores de Occidente". Y es en la respuesta que se da a estas cuestiones, en la posición que se adopta ante estos debates cuya misma formulación convalida ya el determinismo que fuerza a ver en cada inmigrante norteafricano un musulmán, donde se continúa la tradición que contempla al moro desde una simultánea y doble perspectiva: como portador de una cultura sensual y refinada y, al mismo tiempo, como individuo fanático y traicionero. Fieles, por una parte, a la actitud del orientalismo romántico, no pocos políticos e intelectuales tratan de argumentar su defensa de los trabajadores norteafricanos mediante una exaltación de sus virtudes morales, como la generosidad, el respeto de la amistad o el valor concedido a los minúsculos placeres de la existencia. En el extremo opuesto, y herederos de la rancia actitud contra el infiel, hay quienes se limitan a poner al día, aplicándolos a los inmigrantes, los viejos tópicos utilizados para denigrar al sarraceno.

La polémica del velo y de la enseñanza llegó a España: ¿Se permite a las niñas musulmanas ir al colegio con velo? ¿Es obligatoria su escolarización? ¿Pueden rechazar un colegio religioso si no hay otro?

Lejos de esforzarse en dirimir cuál de las dos visiones del musulmán es la que mejor se ajusta a la realidad, el discurso democrático debería denunciar lo que tienen en común tanto una como otra. En primer lugar, el hecho de enjuiciar a los individuos por lo que son y no por lo que hacen. Pero, en segundo lugar, la pretensión de describir las realidades sociales mediante categorías religiosas –islam, cristianismo, judaísmo-, de modo que el Estado aconfesional se vea obligado a traicionar sus más elementales principios con sólo expresar la intención de actuar sobre ellas.

José María Ridao

Juan Carlos I y Mohamed VI lloran en los funerales de Hassan II. El 26 de junio de 1999, la sintonía diplomática era mucho mejor que hoy.

Mohamed Benaissa y Ana Palacio se reunieron en Rabat, en julio pasado, para tratar de desbloquear la crisis en torno a Perejil.

cretario general de Comercio Exterior, Francisco Utrera.

Rabat acusa al Gobierno español de estar poniendo obstáculos en la negociación del nuevo acuerdo agrícola Marruecos-UE, que debería cerrarse antes de fin de año. España cree que Rabat está atizando la tensión diplomática para arrancar concesiones territoriales y comerciales, y para desviar la atención de los problemas internos, sobre todo los económicos y la creciente presión islamista. En privado, los dirigentes españoles califican la actitud marroquí de permanente chantaje.

El "eje" Madrid-Argel

Aunque el Gobierno español insiste en que su aproximación al Magreb es "global y no de equilibrios", la crisis en las relaciones con Marruecos ha acelerado la negociación de un Tratado de Amistad, Buena Vecindad y Cooperación entre España y Argelia, similar al firmado por España y Marruecos en 1991, y ha reforzado el interés en un segundo gasoducto que enlace directamente los yacimientos argelinos con España.

El Tratado se firmaba en Madrid el pasado 8 de octubre. Madrid busca en Argelia, sobre todo, seguridad en los suministros de gas. Argel espera más ayuda de Madrid en su lucha contra los islamistas radicales. Rabat ve en este acercamiento "un eje contra Marruecos".

Argelia suministra ya el 53% del gas que se consume en España. El 30% de ese gas llega por el gasoducto inaugurado en 1996 entre los yacimientos argelinos de Hassi R'Meil y España a través de Marruecos.

El empeoramiento de las relaciones hispano-marroquíes en los últimos dos años y el aumento previsto del consumo de gas en el último plan energético –del 13'6% actual (el petróleo representa el 61'6% y la electricidad un 18%) a un 18'1% en los próximos diez años– han multiplicado las voces de alarma ante el riesgo de represalias marroquíes.

La respuesta del Gobierno ha sido impulsar los estudios previos para la construcción de un nuevo gasoducto que no pase por territorio marroquí. La argelina *Sonatrach* y la española *Cepsa* son las principales accionistas de la sociedad, que pretende concluir la obra en 2007.

Ceuta, Melilla y los islotes

El rey Hassan II prometió a España que nunca utilizaría la violencia u otra *marcha verde* para incorporar a la soberanía de Marruecos las plazas norteafricanas, pero siempre dio por hecho, aunque ningún dato salvo la geografía lo justifique, que Marruecos tenía tanto derecho a ellas como España a Gibraltar y que ambas cuestiones debían ir de la mano.

En este contexto, no fue tan casual la ocupación simbólica del islote de Perejil, el pasado 11 de julio, coincidiendo con la aceptación por Londres de soberanía compartida hispano-británica sobre Gibraltar. La contundente reacción española no refleja el valor material del islote, sino su valor simbólico, político, moral y de prestigio, en el contexto de la crisis entre Rabat y Madrid, que culminó el 27 de octubre de 2001 con la retirada unilateral del embajador marroquí en España, Abdesalam Baraka.

Hassan cumplió su promesa durante sus 38 años de reinado, pero nunca dejó de reivindicar Ceuta y Melilla (y los tres enclaves menores) como territorio marroquí. En 1987, propuso al Gobierno de Felipe González la formación de un grupo de reflexión bilateral y, en 1991, incluyó los territorios en una futura región rifeña en el marco de la descentralización administrativa con la que intentó sin éxito ganarse en los últimos años de su vida a los rebeldes del Norte.

Ninguna de estas ideas fue aceptada por España, donde sólo Izquierda Unida ha apoyado abiertamente la cesión de los territorios a Marruecos, pero los responsables de la política exterior española han visto durante decenios en Ceuta y Melilla uno de los tres principales problemas estructurales en las relaciones hispano-marroquíes, junto al Sahara y el de la pesca. ■

PARA SABER MÁS

Balfour, S., *Abrazo mortal. De la guerra Colonial a la Guerra Civil en Españ y Marruecos (1909-1939)*, Barcelona, 2002.
Morales Lezcano, V., *España y el Norte de África: el protectorado en Marruecos (1912-1956)*, Madrid, 1986.
Sueiro Seoane, S., *España en el Mediterráneo. Primo de Rivera y la cuestión marroquí. 1923-1930*, Madrid, 1992.
Woolman, D. S., *Abd-el-Krim y la Guerra del Rif*, Barcelona, 1971.
Ybarra, M. C., *España y la descolonización del Magreb*, Madrid, 1998.